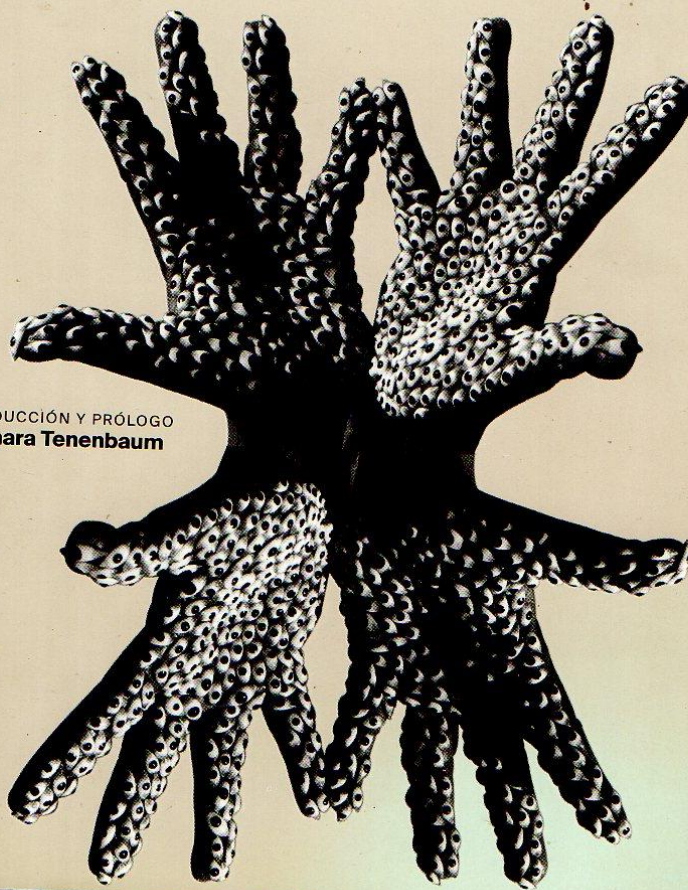


consonni

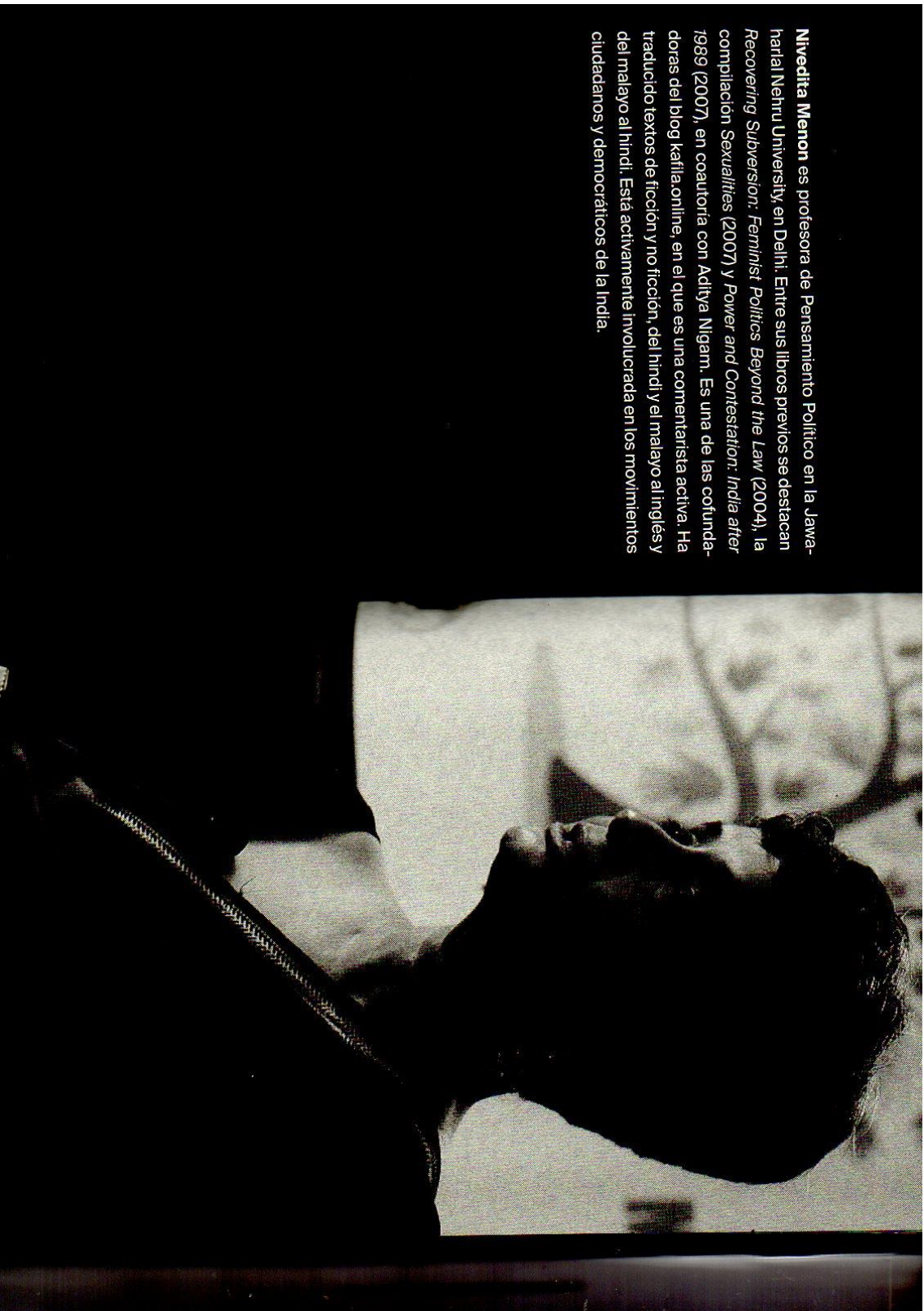
**Nivedita
Menon**

Ver como feminista

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO
Tamara Tenenbaum



Nivedita Menon es profesora de Pensamiento Político en la Jawaharlal Nehru University, en Delhi. Entre sus libros previos se destacan *Recovering Subversion: Feminist Politics Beyond the Law* (2004), la compilación *Sexualities* (2007) y *Power and Contestation: India after 1989* (2007), en coautoría con Aditya Nilgarn. Es una de las cofundadoras del blog *Kafila*.online, en el que es una comentarista activa. Ha traducido textos de ficción y no ficción, del hindi y el malayo al inglés y del malayo al hindi. Está activamente involucrada en los movimientos ciudadanos y democráticos de la India.



Introducción

¿Han oído hablar alguna vez del «maquillaje natural»?

Consiste en esto:

«El objetivo del maquillaje natural es que tu piel luzca un aspecto fresco y resplandeciente, sin que se note que llevas maquillaje. Lo único que necesitas es un delineador de ojos, máscara de pestañas, un lápiz labial *nude* y un colorete que resalte tus mejillas y le dé a tu piel un brillo que parezca natural»¹.

En suma, el maquillaje natural consiste en pasar horas pintándote la cara para que parezca que no te la has tocado.

El mantenimiento del orden social se parece bastante a eso. Requiere la realización fiel de un conjunto de rituales prescritos una y otra vez a lo largo de la vida. Existen complejas redes de reproducción cultural dedicadas a este único propósito. Pero, en última instancia, el objetivo de esta incesante actividad es producir el efecto de una naturalidad intacta.

Sin embargo, cuando una «ve» el mundo como una feminista, con la mirada de una feminista, la sensación es como la de activar la función «Mostrar formato» en Microsoft Word. Lo que se muestra es el arduo y complejo formato que sucede debajo de una superficie que se veía tersa y completa.

¿A qué llamo feminismo? Una perspectiva feminista reconoce que la organización jerárquica del mundo en torno al género es clave para el mantenimiento del orden social, que vivir vidas marcadas como «masculinas» o «femeninas» es vivir realidades diferentes. Pero, al mismo tiempo, ser feminista es imaginarse ocupando la posición marginal y relativamente desempoderada con referencia a todos y cada uno de los marcos de dominación que engullen el espacio central. Por ejemplo, cualquier lectora potencial de este libro está en una posición de cierto poder en relación con los varones de clase trabajadora con los que interactúa en su vida diaria—el conductor de *rickshaw*, el conserje, el sirviente doméstico—; y si es una mujer hindú de la casta superior en India, o una norteamericana blanca en cualquier parte, ocupará una posición de más poder que cualquier varón que no lo sea. A la vez, esta mujer experimentaría una falta de poder relativa por el hecho de ser mujer si se encontrara con un varón en posición de atacarla sexualmente, más allá de su clase o casta; o al comparar sus opciones de vida y autonomía con las de un varón de su misma clase. Huelga decir que no solo las «mujeres» pueden adoptar el feminismo como una perspectiva política y una forma de vida, pero los varones que elijan hacerlo deben posicionarse en contra de los privilegios que de otra manera podrían haber dado por sentados.

Por consiguiente, el feminismo no va de varones y mujeres individuales, sino de entender los modos en que «varones» y «mujeres» se producen e insertan en patriarcados que cambian de forma en cada época y cada lugar. El título de mi libro está inspirado en *Scott's Hat a State la Ver* como el Estado» de James Scott. Pero hay

una diferencia crucial en el modo en que el verbo «ver» funciona en su caso y en el mío. Scott utiliza la metáfora de la vista para hablar de las maneras en que un Estado moderno hace legibles prácticas heterogéneas con el fin de controlarlas. Así, la «vista» del Estado está investida de un poder enorme, porque cuando el Estado «ve» una identidad está haciendo «real» esa identidad: al «ver», el Estado simultáneamente ordena la sociedad. Por el contrario, cuando alguien que es feminista «ve» desde la posición de marginalidad que ha decidido deliberadamente ocupar, esa mirada representa un gesto de subversión hacia el poder; desorganiza y desordena el marco establecido, se resiste a la homogeneización y abre múltiples posibilidades en lugar de cerrarla.

Ser feminista no es solo entender que en distintos lugares y épocas fragan identidades diferentes (localizadas, jerárquicamente como dominantes o subordinadas), sino también tener una conciencia particular del proceso de generización (*gendering*). Por «generización» entiendo las maneras en las que las personas se producen en como varones y mujeres «adecuados» a través de reglas y regulaciones de distinta índole, algunas que interiorizamos y otras que cumplimos a fuerza de violencia. Ser feminista es reconocer que, además de la injusticia derivada del género, existen múltiples desigualdades estructurales que subyacen al orden social, creer que el cambio es posible y trabajar por él en todos los niveles. El feminismo no es una organización a la que nos inscribimos formalmente, y no puede identificarse nunca con los logros aislados de mujeres individuales. Ser feminista es sentirse parte de la historia de la que somos producto; es insertarse en dos siglos de narrativas densas e intrincadas de luchas y celebraciones que trascienden las fronteras nacionales; escuchar los versos de las canciones de rabia y de pena y de militancia en mil lenguas; recordar a nuestras heroínas, a las mujeres que nos precedieron, y, sobre todo, experimentar un enorme sentido de la responsabilidad de continuar su tarea.

voluntad de acción, no es suficiente para responder esta pregunta. No es suficiente porque la «libertad de elección» se ejerce siempre dentro de unos límites estrictos innegociables, límites definidos por la clase económica, por la raza y la casta y, por supuesto, por el género. La libertad de elección nunca es absoluta: el hijo de una criada no puede elegir ser médico sin más y una mujer no puede elegir su futuro a su antojo de forma no condicionada. Y, sin embargo, dentro de esos espacios limitados, la gente elige. ¿Cómo debemos, en tanto feministas, entender esas decisiones?

Tal como explica Amartya Sen (2006):

(Nada puede ser más básico y universal que el hecho de que las decisiones de todo tipo en cualquier ámbito se toman en el contexto de unos límites específicos. Por ejemplo, cuando decidimos qué comprar en el mercado, no podemos ignorar el hecho de que hay límites sobre cuánto podemos gastar. La «restricción presupuestaria», como la llaman los economistas, es omnipresente. El hecho de que cada comprador elija una u otra cosa no implica que no exista la restricción presupuestaria, sino solamente que las elecciones deben tomarse dentro de los límites de la restricción presupuestaria de cada persona. Lo que es cierto en economía básica es también cierto en decisiones políticas y sociales complejas.

Consideraremos aquí cinco problemas diferentes en los que el dilema agente/víctima se ha manifestado de maneras complicadas para las feministas. Tres de ellos pueden concebirse como formas del trabajo sexualizado: el caso del trabajo sexual, el de las bailarinas de bares y el de la subrogación comercial de vientres. Los otros dos son la pornografía y el aborto. Los debates en torno a estos temas se han desarrollado en direcciones que presentan problemas serios para las críticas feministas establecidas en relación con la «libertad de elección».

Pero primero vamos a hablar de un término utilizado muy a menudo por las feministas y presente en muchos de estos debates: «mercantilización».

Mercantilización

La expresión «mercantilización del cuerpo femenino» remite a un tipo de crítica que las feministas esgrimen hace mucho respecto a ciertas formas de representación de los cuerpos femeninos como objetos de deseo masculino comercializables en el mercado. Desde los cuerpos semidesnudos y sexualizados de las mujeres en las publicidades de objetos de lujo destinadas al público masculino, pasando por los ultracomerciales concursos de belleza y llegando a las mujeres que «venden sus cuerpos» (es decir, que ofrecen sexo a cambio de dinero), todos estos fenómenos se han interpretado en el marco de la mercantilización. Acuñado por Marx, el término se utiliza muchas veces de modo impreciso para sugerir la contaminación por parte de los valores del mercado de objetos y relaciones que deberían permanecer ajenos al comercio.

Pero, en un mundo en el que todos nos ganamos o intentamos ganarnos el sustento vendiendo alguna facultad (el intelecto, la habilidad musical, diversos tipos de educación, el trabajo físico) u objeto (desde productos agrícolas hasta teléfonos móviles o harapos en los senaforos), este tipo de crítica suena algo hueca. ¿Una profesora está mercantilizando su mente cuando acepta dinero a cambio de enseñar? Y si es así, ¿por qué eso es aceptable para las feministas y, en cambio, que una mujer mercantilice partes de su cuerpo para anunciantes o clientes que quieren tener sexo con ella no lo es? Una respuesta podría ser que el primer caso tiene un grado de dignidad y respeto social que el segundo no; pero, como feministas, ¿no deberíamos cuestionar los modos en que la «dignidad» y el «respeto social» se asignan a algunos tipos de

trabajo y no a otros? ¿Sí al trabajo intelectual, pero no al manual? Desde luego, la tarea del feminismo es mejorar esos valores, transformar la manera de contemplar el mundo y no reafirmarlo tal cual es, ¿no?

Tal vez deberíamos volver a la fuente y examinar con más detenimiento qué dijo Marx sobre la mercantilización, para ver si nos sirve en algún sentido para repensar estas paradojas. Marx utilizó el término «mercancía» para referirse a algo que tiene valor de cambio, algo que puede ser comprado y vendido en el mercado. Una mercancía se presenta como una cosa «misteriosa», dijo Marx, porque el trabajo humano necesario para producirla se oscurece, y la mercancía se aparece como un objeto puramente físico con un valor intrínseco. El trabajo humano se realiza en una red de relaciones sociales, pero este hecho se invisibiliza, y las mercancías parecen relacionarse de forma directa entre ellas. Tomemos, por ejemplo, la diferencia de los valores del hierro y el oro, que parece ser el resultado de la naturaleza intrínseca de dichos minerales cuando, en realidad, sus respectivos valores están determinados por convenciones socialmente establecidas de intercambio según las cuales el oro es «más precioso» que el hierro. Y por supuesto, estos valores asignados son completamente indiferentes al trabajo humano involucrado en transformar el hierro y el oro en mercancías, partiendo de su forma inicial como minerales disponibles en la naturaleza¹.

Es esta crítica de la mercancía bajo el capitalismo la que el feminismo ha hecho extensible a las formas en las que el cuerpo femenino es producido como mercancía. Pero como sugiere el debate anterior, la aplicación de esta crítica a los cuerpos humanos implica perder de vista la agencia humana, la voluntad, la volición o el término con el que una prefiera nombrar el hecho de que los seres humanos piensan y toman decisiones, mientras que los ob-

Además, Marx también dice sobre la mercancía:

Es evidente que las mercancías no pueden ir al mercado y hacer intercambios por sí solas. Debemos en consecuencia recurrir a sus guardianes, que son también sus dueños [...] Para que estos objetos establezcan relaciones entre ellos en tanto que mercancías, sus guardianes deben ubicarse en relación unos con otros?

Este reconocimiento mutuo por parte de los guardianes como dueños de sus respectivas mercancías se establece en una sociedad capitalista a través del contrato.

Esta idea del contrato involucra el mito de dos partes individuales e iguales que acuerdan mutuamente ciertos términos y condiciones de intercambio de trabajo o mercancías por dinero. El propio Marx plantea, por supuesto, una crítica de este mito, dado que la persona que vende su mano de obra no es igual en ningún sentido a la persona que la emplea. Esta igualdad es puramente formal y legal. Pero mientras (y en la medida en que) el trabajo siga organizado bajo condiciones capitalistas, la idea del contrato es lo que hace posible luchar por condiciones equitativas. Al fin y al cabo, ¿por qué es mejor el trabajo asalariado que la servidumbre? Porque, al menos en teoría, el contrato supone un consentimiento y condiciones de trabajo negociadas por ambas partes. Y, al menos en teoría, los contratos están protegidos por la ley. A fin de cuentas, ¿qué es el derecho al trabajo? Una demanda de inclusión en un contrato capitalista.

Aquí es donde nos topamos con el problema de extender la crítica de la mercantilización a los cuerpos de las mujeres. Concebir la publicidad, la pornografía o el trabajo sexual como formas de mercantilización es concebir a las mujeres que desempeñan estos trabajos como «mercancías», es decir, como objetos que son propiedad de otras personas, varones, que son las verdaderas partes

contratantes. Pero, al fin y al cabo, son las mismas mujeres quienes toman parte en el contrato. ¿Las explotan? Sí, por supuesto. Pero todo trabajo bajo el capitalismo es «explotación», en el sentido de que involucra la extracción de plusvalía a los trabajadores y trabajadoras. Bajo el capitalismo, la «elección» que el mercado laboral ofrece es una entre un trabajo más o menos arduo, más o menos miserablemente pagado.

Si las mujeres eligen profesiones como el modelaje, el trabajo sexual o cualquier otra en la que mercantilizan una parte de su cuerpo en lugar de otra, ¿no deberían las feministas apoyarlas en su demanda de mejores condiciones laborales, mejor salario y más dignidad, en lugar de alinearse con valores misóginos que desprecian ciertos tipos de trabajo sin más miramientos?

Veremos lo complicados que son estos debates internos en el feminismo a medida que pasemos a los problemas específicos.

Trabajo sexual

Por mucho tiempo, el feminismo ha visto la prostitución como una forma de violencia contra las mujeres, y muchas feministas todavía lo hacen. No obstante, una nueva perspectiva sobre la práctica ha aparecido como consecuencia de la politización gradual de las personas que se prostituyen y cuyas voces han devenido crecientemente públicas. Una de las transformaciones fundamentales que ha acarreado esto es la aparición del término «trabajo sexual» para reemplazar a «prostitución».

El principio subyacente es que tenemos que desmitificar el «sexo»: es la mistificación del sexo (por parte tanto de discursos patriarcales como feministas) lo que hace aparecer al trabajo sexual como «un destino peor que la muerte». Consideremos los resultados preliminares de la primera encuesta realizada a trabajadoras sexuales en todo India a la que nos referimos con anterioridad.

La encuesta incluyó a tres mil mujeres de catorce estados y un territorio de la unión, ninguna de las cuales pertenecía a espacios colectivos u organizados (o lo que es lo mismo, políticamente activos), precisamente «para poner en primer plano las voces de un sector de las trabajadoras sexuales previamente silenciado». El hallazgo más significativo es el siguiente: alrededor de un 71 por ciento de ellas afirma haber ingresado en la profesión de forma voluntaria.

El estudio establece lo mismo que la investigación feminista sobre el trabajo sexual ha tendido a mostrar cada vez más: que el modelo de la elección en contraposición al forzamiento es suamente inadecuado para comprender las motivaciones de las trabajadoras sexuales (Shah 2003). De hecho, la mayoría de las trabajadoras sexuales tienen «múltiples identidades laborales». El estudio reveló que «un número significativo de mujeres se mueve de manera bastante fluida entre el trabajo sexual y otras ocupaciones. Por ejemplo, una vendedora ambulante puede buscar clientes mientras vende hortalizas, y una bailarina de bodas puede también aceptar clientes. No es fácil separar el trabajo de las mujeres en compartimentos estancos. El trabajo sexual se mezcla con otros trabajos de modos que desafían la concepción del trabajo sexual como una actividad aislada e inusual».

La pobreza y el bajo nivel educativo son condiciones que empujan a las mujeres al mercado laboral a edades muy tempranas, y se ha demostrado que el trabajo sexual es una de las diversas opciones laborales disponibles para las mujeres. Esto significa que muchas veces las mujeres ejercen otras ocupaciones antes de contemplar el trabajo sexual como una opción. El trabajo sexual ofrece un ingreso significativo que complementa otras formas de trabajo. Muchas de las personas encuestadas trabajaban también en ocupaciones diversas en el ámbito de la manufactura no calificada o en sectores de servicios a cambio de salarios extremadamente bajos.

FEMINISMOS POPULARES. PEDAGOGÍAS Y POLÍTICAS



Feminismos populares. Las brujas necesarias en los tiempos de cólera

*Claudia Korol**

A pesar de la ofensiva conservadora que commueve este tiempo, arrasando conquististas históricas de los pueblos, contagiando cólera y rabia en los corazones, hay un aquelarre subterráneo que los de arriba no conocen ni reconocen. A las fiestas del pueblo llegan las brujas. Sus calderos ancestrales se vuelven ollas populares, y hay muchas danzas rituales que celebran la vida, desmalezando los campos donde el poder de turno siembra muerte. En los rincones olvidados del continente, las brujas encienden hogueras donde se replican saberes que pretendieron ser eliminados por quienes no saben que el fuego es parte de la fuerza del pueblo, como la tierra, el agua y el aire.

A pesar del desencanto del que buscan contagiarnos como enfermedad terminal, hay un movimiento que crece como conciencia histórica, que se "encuerpa" desde la memoria y cambia—nos cambia—la vida cotidiana, los modos de estar en el mundo, de ser y de crear. Son colectivos que se van multiplicando entre las mujeres y las disidencias sexuales, que asumen el feminismo como

* Claudia Korol es educadora popular feminista. Integra el Equipo de Educación Popular Panuelos en Rebeldía, Argentina. Conduce junto a Liliana Daures el programa de radio Espojos Todavía, en FM La Tribu. Coordina el proyecto de investigación "Resistencia Populares a la Recolonización del Continente" del Centro de Investigación y Formación de los Movimientos Sociales Latinoamericanos.

un modo de desafiar las múltiples opresiones producidas por el capitalismo colonial y patriarcal. Son feminismos nacidos en las luchas del pueblo, feminismos indígenas, campesinos, de trabajadoras de doble y triple jornada. Feminismos de sujetas no sujetos de la sobrevivencia. No son un relato para entendidas, sino una práctica rebelde, y una teoría que se amasa en los comedores populares. La diversidad de experiencias de los feminismos populares, se amplían en clave de resistencia, rebeldía, en diversos modos de auto-organizarnos y de encontrarnos y dialogar con otros. Feminismos populares que buscan los modos de desorganizar la violencia del capitalismo colonial y patriarcal, desde nuestros cuerpos entrenados para resistir, para cuidar, para abrazar, y para combatir de las formas necesarias en cada etapa. Se trata de feminismos que hacen y defienden, que cuidan y critican, que son parte y que cuestionan las revoluciones socialistas y antipatriarcales. Feminismos comunitarios que descubren el colonialismo y su voracidad extractivista. Feminismos campesinos que atesoran las semillas como patrimonio de la humanidad y enseñan los misterios de la soberanía alimentaria. Feminismos que se levantan desde nuestros territorios cuerpos y territorios tierras, y revolucionan las revoluciones ganadas y perdidas. Feminismos en revolución.

Los cuerpos de los feminismos populares

En la metáfora de los muchos nacimientos, descubrimos que nuestra cuna fue construida por manos de mujeres trabajadoras. Manos que hacen cunas y acunan, siembran, cocinan, martillan, cultivan, escriben, acarician, pintan, bordan, limpian, curan, sostenen, empujan, juegan. Nuestros pies pisan sobre las huellas dibujadas en la tierra por nuestras ancestras, y otras veces inventan atajos. Por momentos nuestros pies no caminan... bailan las muchas revoluciones imaginadas, soñadas, realizadas, derrotadas, reinventadas. Revoluciones que se crean y recrean desde el deseo, el placer, la lucha codo a codo con otras, otros, otros. Revoluciones que en sus rotaciones descolonizan, despatiarrealizan, desmercantilizan nuestras danzas y andanzas. Nuestros pies corren y nuestros cuerpos socorren. Ahí estamos, al lado de la pica

que sufre la violencia en el noviazgo, de la muchacha que necesita interrumpir su embarazo, de la mujer que sufre distintas formas de violencia patriarcal.

Nuestros cuerpos tienen la forma de mujeres, de lesbianas, de trans, de gays, de disidentes del patriarcado y de la heteronormia. Son cuerpos que guardan la memoria de nuestras ancestras indígenas, negras, mestizas, migrantes, desarraigados de territorios brutalmente colonizados. Son cuerpos que descubrieron en el andar consciente de sí mismos, espacios para el deseo y para la libertad.

En los muchos nacimientos que tenemos y que acompañamos, parteras y parturientas como somos, aprendemos que nuestras miradas provienen de distintas experiencias. Nos sabemos con diferentes edades, variadas memorias e historias, que se entranan en un tejido comunitario, que borda la realidad en movimiento y desde los movimientos populares. Un tejido con hebras que dibujan y desbordan el tiempo que vivimos, poniendo colores con tinturas naturales, con infinitos matices, tomando las tonalidades de la tierra, de los ríos, de los bosques, de la naturaleza que somos, y de nuestros paisajes subjetivos y subversivos.

Un feminismo sembrado en los movimientos populares

Las semillas con las que multiplicamos nuestros brotes, fueron sembradas en las comunidades de las que somos parte, y en los movimientos en los que participamos activamente. Es en la fertilidad de los territorios que nos cobijan, donde crecen, florecen y dan frutos. En nuestro jardín, como en otros, hay malezas, espinas, tiempos de aridez y de sequía, y momentos de intensa multiplicación de la vida.

Los feminismos populares marchan muchas veces en la misma dirección que otras corrientes del feminismo, nacidas y crecidas en distintas geografías. El diálogo no jerárquico es parte de la propuesta feminista. Por eso, al relacionarnos con otras corrientes, esperamos que nuestras experiencias se enriquezcan en el intercambio, y puedan aportar a ellas.

Nuestro feminismo no reconoce las fronteras coloniales que separan a nuestros pueblos ni a nuestros cuerpos. Identificar el territorio en el que crecemos como colectivas rebeldes, no implica desconocer los muchos esfuerzos por cambiar al mundo que nacen en otros espacios y territorios. Es simplemente sabemos atraídas por esta geografía en la que pensamos y actuamos, por su historia, por las huellas con las que nos encontramos, por las heridas, las esperanzas, los modos de organizarnos, y las muchas posibilidades de creación que inventamos.

Compartiendo nuestras experiencias

Frente a la feminización de la pobreza, somos protagonistas de la feminización de las resistencias populares. Este concepto habla del papel protagónico de las mujeres en las organizaciones populares. Mujeres que en Argentina transformaron el pañal de sus hijos e hijas desaparecidos en pañuelo, en bandera, y lo han hecho un símbolo de la lucha contra la impunidad, y de la socialización de la maternidad. Mujeres que en las villas asumen las tareas de organización del asentamiento, el enfrentamiento a la represión policial, las luchas por garantizar la educación, la salud, la alimentación, el trabajo, la vivienda. Mujeres que se organizan sindicalmente, y disputan el poder machista y burgués de los patronos, del Estado, y también en los sindicatos y en las calles. Mujeres que ocupan latifundios y los ponen a producir, ocupan las sedes de las empresas transnacionales del agronegocio y denuncian sus políticas de muerte. Mujeres que enfrentan los feminicidios, muchas veces a costa de su propia vida. Mujeres que en los caracoles zapatistas escriben sus leyes, y las cumplen. Mujeres que crean comunas bolivarianas, socialistas y antipatriarcales, enfrentando la guerra económica de la burguesía y del imperio, y a la violencia machista y homofóbica en sus organizaciones. Mujeres que en los terrenos minados de Colombia, hacen de la paz con justicia un aporte a la lucha de todos los pueblos del continente. Mujeres que encabezan las luchas contra las transnacionales de la minería o del agronegocio. Mujeres que luchan contra el golpe de estado y son guardianas de los ríos, bosques, playas, en territorios indígenas y garífunas. Mujeres de los pueblos mayas, que denuncian la violencia sexual

multifida en la dictadura. Mujeres que cuidan las semillas y organizan escuelas de agroecología. Mujeres que rehacen la vida, en clave de deseo y de abrazos.

“Feministas compañeras” nos decimos, porque un dato central de nuestro modo de ser y de estar, es precisamente acompañarnos. No sólo entre mujeres, sino entre quienes sufren distintas violencias estructurales. Racismo, homofobia, transfobia, lesbofobia, xenofobia, misoginia... son distintos modos de dominar, disciplinar, lastimar y matar.

Abordando algunos aspectos de las agendas consensuadas del feminismo, realizamos también acciones específicas para enfrentar las políticas de precarización laboral que condenan al hambre a nuestras familias, las políticas represivas que hacen de lxs pibx de las barriadas sus blancos móviles, así como la intervención directa para resolver abortos, cuando el sistema de salud niega los derechos a las mujeres a decidir sobre nuestros cuerpos, la búsqueda de niñas, adolescentes, mujeres y travestis víctimas de las redes de prostitución y trata—que por ser de barrios olvidados, o no tener acceso a los mecanismos institucionales van quedando en el olvido—, la búsqueda de personas víctimas de las redes de marco o de tráfico de órganos, el apoyo a las madres, hermanas, abuelas que buscan a sus familiares desaparecidos en dictaduras o en democracias, el enfrentamiento a comisarias, juzgados y a instituciones patriarcales en casos de violencia contra mujeres y niñas. Un dato de nuestra militancia como feministas populares, es poner el cuerpo en cada lucha, y recurrir a la acción directa para enfrentar las amenazas de estos sistemas de muerte.

Junto a ello, nos estamos atreviendo a cuestionar y transformar las relaciones de opresión en nuestros propios movimientos. Hemos avanzado en identificar y criticar los modos en que se dividen las tareas en los colectivos populares—las mujeres garantizando el funcionamiento de la casa-movimiento, y el varón en las tareas “públicas” de representación—. Discutimos duramente las formas organizativas que no tienen en cuenta los tiempos concretos de las mujeres, y denunciamos las actitudes patriarcales e incluso violentas de algunos varones de las organizaciones contra sus compañeras.

El debate realizado por compañeras feministas, que además son protagonistas fundamentales de sus luchas, ha permitido que va-

rios movimientos hoy se definan como antipatriarcales, además de reconocerse como anticapitalistas y antimperialistas. Es un enorme avance que coloca a los feminismos populares en un nuevo momento, y exige una activa pedagogía que ayude a que se pongan en consonancia las definiciones ideológicas con las prácticas cotidianas. Es un esfuerzo que genera múltiples tensiones, lo que lleva a que los compañeros -e incluso algunas compañeras- resistan los procesos transformadores con el argumento de que “el feminismo divide o debilita a las organizaciones”, y aunque cuestionen las actitudes patriarcales de sus militantes, consideren que no es posible modificarlas y que por lo tanto es preferible convivir con ellas o encubrir las. El pacto patriarcal —entre varones fundamentalmente pero en algunos casos con la complicidad de las mujeres—, entorpece la transformación de los movimientos en espacios habitables para las mujeres y las disidencias sexuales. La homofobia es parte de la cultura de las izquierdas, aunque esto también está tambaleando por los avances del movimiento lgtbtbi y su participación en los movimientos populares, muchas veces en alianzas con el feminismo, y muchas veces siendo parte de los feminismos populares.

Como parte de los proyectos políticos rebeldes, revolucionarios, de lxs de abajo, nuestros feminismos desconocen las fronteras geográficas, étnicas, las agendas pre-establecidas, las sobredeterminaciones biologicistas, desafían la heteronormatividad, y todos los modos de disciplinamiento de los cuerpos. Porque las revoluciones en este continente requieren de cuerpos que buscan rehacerse en libertad, para enfrentar las opresiones que producen el capitalismo, el colonialismo, el patriarcado. También requieren de cuerpos colectivos, de organizaciones populares que puedan enfrentar a estos sistemas hasta derrotarlos, y que en el camino vayan realizando experiencias de poder popular, en las que se ejercitan nuevos modos de vida.

Ubicamos la vida cotidiana como un territorio en el que se despliega la “estrategia revolucionaria”, que busca, precisamente, cambiar la vida cotidiana. Son feminismos que luchan organizadamente por el socialismo, feminismos revolucionarios y en revolución, que se reconocen como clasistas, y que exigen que las fracciones organizadas de la clase obrera asuman las luchas contra la opresión patriarcal y colonial. Claxistas, no porque explisen de sus filas o discriminen con un gesto de burda superioridad a

quienes no tienen origen “químicamente puro” como obreras, sino porque creen en el papel imprescindible de lxs trabajadorxs en la lucha socialista. En ese camino, buscamos superar la torpeza de identificar a este concepto marxista, con la negación del papel que pueden tener en las luchas revolucionarias, militantes provenientes de otros sectores sociales, tan o más oprimidos, o de sectores que aun gozando de privilegios por su origen, se suman a la lucha revolucionaria realizando lo que Amílcar Cabral llamó “suicidio de clase”. Aprender de la historia, pensar al Che, Fidel, Flora Tristan, Tania, Marcos, Camilo Torres, Patricio Lumumba, Rosa Luxemburgo, Marx, Engels, pensar en Bartolina Sisa, Juana Azurduy, Hertha Cáceres, Ramona, Bety Carriño, exige desterrar de nuestras propuestas políticas el sectarismo y el determinismo, y busca summar a todas aquellas personas que pueden ser parte de acciones emancipatorias.

Pedagogía feminista / Cuando lo personal es político

“Lo personal es político” decimos las feministas. Esto apela a las dimensiones pedagógicas y culturales de las revoluciones. Porque transformar los vínculos personales, saliendo del “sálvese quien pueda” para llegar al “vamos juntxs”, dejar el “orden / mando / obedece” para llegar al “decidimos juntxs y juntxs hacemos”, es una tarea gigantesca que va a contramano de lo aprendido como jerarquías, criterios de autoridad, en los límites establecidos sobre la base del aturdimiento que producen los medios de comunicación masiva, el sistema educativo tradicional, la coherción social y la represión.

Si bien la lucha socialista se ha propuesto crear nuevos valores, coherentes con una ideología basada en la solidaridad, perduran en muchas experiencias una cultura verticalista, autoritaria, caudillesca, hegemónica, individualista, que reproduce modos de vinculación propios del capitalismo colonizado y patriarcal.

La crítica al capitalismo, centrada exclusivamente en la economía y en los modos de producción de mercancías, de plusvalía, de riqueza, sin analizar la manera en que se crea la totalidad de la vida, destruyendo a las personas y a los territorios, ha favore-

cido esas lógicas. El feminismo ha planteado superar la dicotomía entre la producción de mercancías y la reproducción de la vida, lo que permite valorar la importancia del aporte de las mujeres en las tareas de cuidado, y también abre la oportunidad de distribuir de modo equitativo esas tareas. El trabajo no remunerado de las mujeres en la crianza y el cuidado de niños/as, jóvenes, adultxs, es constitutivo del modelo de familia patriarcal, que además de no valorizarlo objetivamente, en términos económicos, tampoco lo hace subjetivamente, promoviendo la subestimación del aporte de las mujeres en la vida social. Al mismo tiempo, la división sexual del trabajo ha llevado a la ubicación de las mujeres en las esferas de trabajo menos reconocidas, también económica y socialmente... tanto en el plano de los oficios como de las profesiones. Esto se repite a la hora del reparto de roles en las organizaciones. Las mujeres encargadas de la cocina, de las actas, del comedor popular o de la huerta, de los circuitos de cuidado de niñxs, de las tareas educativas. Más difícil resulta encontrar a las mujeres en los lugares de decisión y representación política, aunque de a poco se va tomando conciencia y se van abriendo espacios, en algunos casos de modo energético, y en otros aceptando lo "políticamente correcto", pero sin crear condiciones reales suficientes, para que esto no signifique un gran sacrificio para las compañeras. Modificar estas situaciones no se relaciona solamente con la posibilidad de generar vínculos más placenteros entre lxs luchadorxs por un mundo nuevo, sino también con la oportunidad de crear movimientos en los que se anticipe la experiencia de otros modos de relacionarnos, y con la constatación de que para crear ese mundo nuevo se requiere una profunda transformación de la cultura violenta del poder.

Lo difícil, es asumir el cambio que implica en las conductas de cada uno y cada una. Porque el orden verticalista y autoritario es tranquilizador para los de arriba, pero también para lxs de abajo. Es más sencillo cumplir directivas, ser disciplinadxs, que rebelarnos frente a las arbitrariedades, y problematizar las injusticias que reproducimos. Por eso, la pedagogía feminista asume la dimensión grupal como una necesidad básica para que los dolores que produce el desaprendizaje de las opresiones, puedan ser compartidos y sostenidos en los colectivos. También busca una interpelación sistemática entre teoría y práctica, que permita leer las experien-

cias individuales y sociales, y escribir nuevas historias con un horizonte emancipatorio.

En esa interpelación mutua de teoría y práctica, es fundamental que se pongan en juego la mayor cantidad de modos de aproximación al conocimiento, y que junto a la racionalidad, tan colonizada por los procesos educativos y comunicativos hegemónicos, estén también presentes la afectividad, los sentimientos, las intuiciones, los sentidos. La pedagogía feminista recupera de la educación popular datos centrales como el lugar del cuerpo en el proceso educativo, la dimensión lúdica, la educación por el arte, el psicodrama, el teatro de los y las oprimidas, la danza, el canto, y el diálogo desde diversas perspectivas ideológicas emancipatorias (marxismos, ecofeminismos, teología feminista, feminismos negros, indígenas, feminismos lesbicos, etc.).

Con esas aproximaciones dialogamos e indagamos la realidad, permanentemente la lucha antipatriarcal y promovemos articulaciones para sostenerla, y desafiamos las sexualidades normadas para sustituir el desecojamiento, hacemos desde la crítica a las políticas extractivistas del capital transnacional hasta la crítica a la familia patriarcal como lugar de enajenación de la autonomía de las mujeres; desde los nuevos modos de precarización laboral hasta la funcionalidad de la división sexual del trabajo en esas lógicas; desde el cuidado de las semillas hasta los procesos colectivos de sanación de nuestras subjetividades arrasadas por la violencia política y la violencia doméstica; desde los tipos de sociedad que soñamos hasta cómo este sueño se manifiesta en nuestras organizaciones.

La pedagogía feminista está rehaciéndose de modo permanente, en la medida en que cambian los desafíos, que somos otrxs los sujetos colectivos que la asumimos como parte de nuestra propuesta política. Hay un diálogo intergeneracional que nos ayuda a pensar que las huellas que dejamos, van creando nuevas posibilidades a las colectivas más jóvenes, para identificar las maneras propias de estar en el mundo. Al mismo tiempo problematizamos las prácticas históricas de las feministas, atravesadas por lógicas de fragmentación que recorren al conjunto de los colectivos y movimientos populares. Esto nos obliga a preguntarnos una y otra vez cuál es el sujeto que es necesario constituir para que las transformaciones revolucionarias sean posibles, hasta dónde exacerbamos

las diferencias y las volvemos barreras inexpugnables, debilitando nuestras posibilidades concretas de revoluciones necesarias.

Reflexiones de este tiempo

Los retrocesos vividos en nuestros países, nos obligan a mirarnos críticamente, y a asumir responsabilidades en errores o insuficiencias que pueden llevarnos a perder conquistas y logros, no de un gobierno o de un partido, sino del movimiento popular, y del movimiento feminista como parte del mismo. Es necesario que este retroceso no se agrande por la reproducción de esas mismas fragmentaciones en un contexto de pérdida de derechos y de trastocamiento reaccionario del imaginario cultural de nuestros pueblos. Es importante analizar cuánto hay en algunas de las fragmentaciones producidas en los movimientos populares de prácticas patriarcales, hegemonismos, peleas por el liderazgo puestas por encima del interés colectivo, autoritarismos e incluso violencias.

Los momentos de contrarrevolución, de conservadurismo, si bien pueden favorecer acciones comunes de un plan de lucha, suelen también ser momentos de cierras sectarios, porque se antepone la existencia de un enemigo visible, grande, poderoso, que nos obligaría a dejar pendientes los procesos de autotransformación para tiempos más amables. Sin embargo, el desafío es precisamente el contrario. Necesitamos abrir nuestros espacios al encuentro, al sosten, al diálogo, a una mejor comprensión de los caminos que hemos intentado, recreando una pedagogía del abrazo, de la alegría, de la ternura, de la solidaridad.

La experiencia múltiple, masiva, variada, diversa producida en Argentina por el *Ni una menos, recupera prácticas de unidad forjadas en la Campaña por el Derecho a Aborto Legal, Seguro y Gratuito, por la Campaña contra las Violencias, y al mismo tiempo las proyecta a nuevos niveles de visibilización de nuestras marchas colectivas. Crea nuevas posibilidades para poner freno a las violencias patriarcales, y para el encuentro y reconocimiento de nuestra fuerza colectiva.

Tenemos también una oportunidad en el desastre regresivo neoliberal, que nos obliga a recuperar las experiencias solidarias de sobrevivencia. Podemos pensar ahora en "retroceder avanzando".

En decir, volver a la olla popular, pero no sólo para atender la necesidad de la alimentación, sino pensando en experiencias de soberanía alimentaria. Cuidando que lo que echamos en la olla sean productos de nuestras huertas colectivas, donde no haya venenos ni transgénicos. Volver al trabajo colectivo y creativo, sin patrones, sin reproducción de los modelos de orden jerárquicos y autoritaria. Volver a las calles, haciendo de la autonomía de los cuerpos y de las organizaciones, parte esencial de nuestra experiencia, sin tutelas del estado ni de las ONGs... aprendiendo a caminar juntas, en la dirección de nuestros sueños.

Feminismos populares en movimiento, en Movimientos, que caminan la palabra verdadera, que miran la huella, que plantan en ella una semilla, que dibujan el horizonte cuando no lo ven, que cuentan historias de brujas que no asustan a las mujeres, sino nos dan fuerzas y nos enseñan sus secretos. Feminismos compañeros para estos tiempos de desencanto y de garrote, que hacen de la esperanza no una ilusión mágica, sino una acción colectiva tendiente a revolucionar las subjetividades aplastadas por las derrotas. Feminismos con memoria, que aprendimos con las Madres de Plaza de Mayo, que "la única lucha que se pierde es la que se abandona". Feminismos que se atreven a hacer de las muchas maneras de amar y ser amadas, lugares políticos, corporalidades disidentes, rebeldes, celebrantes, que no disocian el deseo y la felicidad, de la lucha cotidiana por cambiar al mundo. **A**